

## EL INTELLECTUAL CRISTIANO Y EL ECONOMISTA

*Doctor Miguel Ignacio Purroy*

Me comentaban los organizadores de estas jornadas sobre el “Intelectual cristiano en Venezuela hoy” que el propósito era crear un espacio para que los cristianos dedicados al quehacer intelectual pudieran intercambiar experiencias sobre cómo vivir hoy ese especial modo de ser cristiano dentro de la intelectualidad. La primera pregunta que me surgió al ser invitado fue qué méritos había hecho yo para recibir la distinción de “intelectual” o, más pomposo todavía, de “intelectual cristiano”. Al ver la lista de invitados, supuse que intelectual es todo aquel que tiene la oportunidad de pensar en público y para el público sobre el mundo que le rodea. No es que esté en contra de este criterio de selección, pero me parece justo dejar claro que la intelectualidad viene del hecho mismo de pensar y no tanto del privilegio de poder hacerlo en público. El tener acceso a medios de comunicación más o menos masivos no añade valor al ejercicio del pensamiento. Y, por otra parte, el calificativo de “cristiano” no se sabe si tiene más que ver con estar ligado al mundo eclesial o con la propia esencialidad del pensamiento. Hago este comentario inicial como una confesión de distinción inmerecida y reconocimiento a las miríadas de intelectuales cristianos anónimos, quienes no dejan de serlo por el hecho de que no publiquen sus esfuerzos.

Otra segunda inhibición debo superar antes de abordar el tema. Para compartir mi experiencia como intelectual cristiano no me queda más remedio que vencer mi usual resistencia a hablar en primera persona. No me refiero, por supuesto, a esa costumbre pedante y pretenciosa de emplear el “nos” mayestático cuando realmente es el “yo” quien está hablando, sino a hablar de sí mismo, de las experiencias personales. Confieso que no sé si esta resistencia a hablar de mí obedece a una genuína humildad, a la timidez propia de los de mi tierra o a una sibilina estrategia de mercadeo personal. Hubiera podido

optar por disertar doctamente acerca de la dimensión humanístico-cristiana de mi particular visión de las ciencias sociales, o de la inspiración de las proposiciones programáticas del modelo de desarrollo socio-económico en la doctrina social de la Iglesia. Pero no me queda más remedio que empezar esta comunicación narrándoles cómo y por qué fui deviniendo en el intelectual y profesional que hoy soy.

## **El estudiante: revolución y refundación**

Hay profesiones que se prestan más fácilmente al ejercicio de una intelectualidad de inspiración cristiana. Un matemático puro puede ser un cristiano integral, pero le es más difícil establecer vínculos directos entre su quehacer científico diario y su fe cristiana. La teoría matemática deja poco espacio para juicios de valor o tomas de posición. Distinto es cuando una rama de la ciencia exige de forma constitutiva la incorporación de valores, elección entre opciones, priorización de objetivos e intereses, etc. Este es el caso de la mayoría de las ramas de las ciencias sociales. Aquí puede una postura de fe buscar los canales para configurar la realidad circundante de acuerdo a los principios que guían esa postura de fe. Incluso si no se pretende ningún activismo transformador, el mero ejercicio de interpretar la realidad social, definiendo lo social en su sentido más amplio, será tamizado por los axiomas vitales que la religión incorpora. Es decir, tanto desde la perspectiva del ejercicio interpretativo-cognoscitivo como desde la dimensión transformadora, las ciencias sociales permiten establecer un puente muy directo con la fe cristiana, entendida ésta como la vivencia personal-comunitaria de la buena nueva de los evangelios.

Se debió probablemente a esta aspiración a contribuir a la conformación del ámbito social circundante que mi carrera académica fue derivando hacia las ciencias sociales. Debo confesar, sin embargo, que mi primera carrera, la Filosofía, no fué producto de mi propia elección, sino parte del proceso obligado de formación de los estudiantes jesuitas en aquellos tiempos. Pero tuve el privilegio de ser enviado a Alemania a cursar la carrera, justamente en los años de la revolución del mayo francés (1968) y de la enorme efervescencia intelectual y política que se desató en ámbitos universitarios europeos desde fines de los '60 y hasta casi finalizados los '70. Todo estaba en discusión, empezando por la misma religión, el sistema capitalista y hasta los anquilosados regímenes comunistas.

La utopía del socialismo tuvo en aquellos años su tercer y más radical (¿y último?) renacer. Por una parte, a nivel de experiencias históricas concretas, se produjeron los intentos de devolver la dimensión humanista a los regímenes de la periferia soviética. Uno de ellos fue el movimiento de la primavera de Praga. Como fruto de esos intentos surgieron escisiones del seno de los partidos comunistas tradicionales, tanto europeos como latinoamericanos, que no estaban de acuerdo con ese dogmatismo tradicional, que ahogaba las libertades y el espíritu creativo, pisoteaba los derechos humanos y sometía a los pueblos a una dictadura burocrática e inmoral. Por otra parte, a nivel de pensamiento social, el marxismo empezó a ser releído bajo una nueva óptica muy distinta a la de los manuales de materialismo histórico de la era soviética. La flor y nata de la intelectualidad europea y latinoamericana se ubicaba ideológicamente dentro del mundo de la izquierda política y era en ese mundo donde brotaban profusamente los mejores avances de las ciencias sociales. En nuestros países se manifestó esta revolución ideológica en interesantes y sólidos acercamientos al problema del imperialismo y de su contrapartida local, la dependencia.

Estudiar en la Europa de aquellos años constituyó una verdadera aventura intelectual. Nueve años dediqué en Alemania a completar los estudios de Filosofía, Ciencias Políticas y Economía. Mi evolución académica transcurrió desde lo abstracto a lo concreto, en la búsqueda de un acercamiento progresivo a las herramientas intelectuales para ponerme al servicio de la sociedad y de su mejoramiento. Ya desde los años de Filosofía empecé a orientarme hacia el campo de la reflexión socio-política, primero adentrándome en el mundo de la filosofía política, guiado de la mano del idealismo de Platón y de Hegel, para luego terminar estudiando, con no poca fascinación, el pensamiento marxista. Mi tesis de licenciatura versó sobre la relectura que el filósofo francés, Louis Althusser, hizo de Karl Marx. Después de un breve paréntesis docente en Caracas, retomé los estudios de Ciencias Políticas en Hamburgo, donde tuve oportunidad de entrarle a fondo al problema del subdesarrollo y a la teoría de la dependencia, básicamente enraizada en el marxismo moderno. Como la economía parecía ser el principio y el fin de los problemas sociales, decidí cabalgar la segunda mitad de la carrera de Ciencias Políticas con la carrera de Economía, pensando que ésa iba a ser mi actividad profesional al regresar a Venezuela.

Pude compaginar las elucubraciones académicas con trabajo social de apoyo a las primeras oleadas de obreros inmigrantes, lo cual me puso en

contacto con el movimiento obrero de la época. Otra actividad política que marcó también mis años de estudiante fue la amplia movilización de solidaridad y apoyo al derrocado gobierno de Allende. No había causa del tercer mundo oprimido que no abrazáramos con fervor.

En lo personal, los primeros años de estudios en Alemania representaron un verdadero choque intelectual y religioso, que coincidió también con un proceso de replanteamiento al interior de las órdenes religiosas, que culminó con mi decisión de salirme de la orden jesuítica al culminar la Filosofía. Fue un tránsito vertiginoso desde la certeza de un catolicismo tradicional hacia el torbellino de una revolución intelectual que todo lo cuestionaba. Tuve que reconstruir durante varios años mi fe cristiana sobre nuevas bases, lo cual, visto a posteriori, agradezco profundamente. Fue muy enriquecedor, por ejemplo, el esfuerzo de repensar y entender a la Iglesia como institución, a pesar de su ignominioso record histórico de instancia opresora y retrógrada. Al tiempo que académicamente releía a Marx, en lo personal tuve que releer al Jesús de los evangelios.

Siempre tuve claro que el motor de mi inquietud social y la concepción del estudio como un servicio estaba alimentado por el combustible de la solidaridad cristiana. Las ciencias sociales, incluyendo el marxismo, me proporcionaban las herramientas para entender los fenómenos de la opresión y de la pobreza, pero nunca una ideología sustitutiva de la visión cristiana de la sociedad. Entendí que la fe cristiana se desenvuelve a un nivel de vivencia personal-comunitaria que no colide ni compite con otros niveles del quehacer intelectual o del activismo social, pero que sí impregna de última intencionalidad y sentido las cosas que elucubramos o hacemos. Entendí que la lucha por la justicia social pueden realizarla codo a codo un marxista motivado por su utopía de igualdad de clases y un cristiano impulsado por su visión del Reino de Dios en la tierra. Las diferencias se pueden presentar en los métodos para alcanzar el objetivo de justicia, en tanto en cuanto esos métodos sean más o menos compatibles con el respecto a la libertad y a la vida del ser humano, valores sagrados en la visión cristiana.

### **El gerente: praxis que cuestiona y moldea**

Ya de regreso en Venezuela, en 1979, sentí que ya tenía encima suficiente academia, pero muy poco conocimiento de “cómo se bate el cobre” en el mundo de quienes crean riqueza y empleo. Por esas casualidades afortunadas

no era fácil conseguir un empleo público en ese momento, así que acepté empleo como gerente de una empresa privada. Lo que empezó como una pasantía se convirtió luego en una carrera completa dentro del sector privado. La actividad docente y la de escritor han sido acompañantes de esa actividad principal. Siempre me ha gustado combinar dimensiones, caminar en las fronteras, vivir los contrastes. A este interés por lo fronterizo se deba quizás el abordaje de diferentes especialidades durante la época de estudiante y luego el deseo de confrontar las ideas con la praxis. Cuando uno, como intelectual y como cristiano, hace propuestas, es muy importante saber qué funciona y qué no funciona en el mundo real, máxime cuando uno le ha dedicado mucha energía intelectual a pensar en utopías sociales.

La actividad en el mundo empresarial me planteó dos tipos de retos. El primero se refería a cómo compatibilizar a nivel micro, es decir, a nivel de la gerencia concreta de una empresa productiva, los postulados de equidad y justicia en las relaciones laborales con la necesidad de competir exitosamente en los negocios. Lo primero que uno aprende es que dentro de una unidad productiva no se puede remunerar a cada quien “según sus necesidades”, como soñaba la utopía socialista, sino según su contribución a la producción. Una empresa no puede primariamente ser un ente de beneficencia hacia sus trabajadores o hacia su entorno comunitario, porque eso conduce irremediablemente al fracaso de la empresa y a la consiguiente destrucción de empleos en un entorno competitivo. El nivel salarial viene dado por el marco del mercado laboral. Ahora bien, una vez garantizado el enfoque productivo, nada obstaculiza que las relaciones laborales estén basadas en principios de respeto a la dignidad humana, honestidad y apoyo al crecimiento individual de los trabajadores. Esto es pectectamente posible.

En lo que se refiere al entorno comunitario de la empresa, creo que la mejor contribución social consiste en la generación de la mayor cantidad de empleo, lo cual pasa por el éxito económico progresivo de la unidad productiva. Eso no quita que, adicionalmente, una empresa no pueda en la medida de su tamaño ejecutar obras en beneficio de la comunidad; pero esto no pasa de ser una dádiva de los accionistas, ya sea por razones caritativas o por mejorar la “imagen” de la empresa. Pero hacer “obras sociales” no es función de la empresa. Su contribución social es crear el máximo de empleo y obtener el máximo rendimiento del capital, pagando los impuestos correspondientes. Cuanto más riqueza genere, mayor será el aporte de impuestos, que luego el Estado se encargará de invertir en beneficio de la comunidad.

Y ya que hablamos de impuestos, debo decir que éste es uno de los dos puntos críticos que más afectan la ética de los negocios en nuestro país. Tradicionalmente en Venezuela se han pagado pocos impuestos. Antes se debía a una legislación benevolente por parte de un Estado que se sentía suficientemente provisto de ingresos a través de la renta petrolera. Últimamente, con el endurecimiento de la legislación tributaria, se ha acentuado el arte de la evasión de impuestos. En unos casos, las leyes conservan ciertas fisuras que son aprovechadas al máximo, en otros casos, una administración tributaria ineficiente y corrupta permite librarse de la carga impositiva por la vía directa del fraude. El problema gravísimo que se le presenta a una empresa “honesta”, fiscalmente hablando, es que la evasión de impuestos por parte de sus competidores la coloca en situación de desventaja competitiva. Un ejemplo evidente es el cobro y pago del IVA: si mi competidor elude el pago del 14.5 % del IVA y yo no lo hago, muy probablemente me terminará sacando de la carrera y tendré que cerrar. A este dilema se enfrentan muchos importadores que no pueden competir con el contrabando “legal” a través de nuestras aduanas corruptas. Sin embargo, a pesar de este perverso incentivo para no pagar impuestos, han existido y siguen existiendo numerosos empresarios que pagan los impuestos de ley, aun a riesgo de sucumbir.

El otro punto crítico para la ética de negocios se refiere a la corrupción, especialmente frecuente en negocios con el sector público. Pagar o no pagar una comisión bajo la mesa suele ser decisivo a la hora de conseguir un contrato con el Estado. Aquí, sin embargo, el empresario “honesto” tiene una alternativa: NO contratar con el Estado. A diferencia del perverso dilema de los impuestos evadidos, que afecta a toda la estructura económica, un empresario puede decidir no hacer negocios con el Estado, cada vez que asome un atisbo de componenda turbia, y limitarse a negociar dentro del sector privado, donde el ojo del dueño se encarga de minimizar el fenómeno de la corrupción. Siendo el sector privado el mayor ámbito de la actividad económica, es posible encontrar allí suficientes alternativas de rentabilización de la inversión. Conozco muchas empresas que, por principio, no contratan con el Estado bajo ninguna circunstancia. Esta actitud radical, por supuesto, implica elegir un ramo de actividad no dependiente del Estado. Como cosa curiosa, la experiencia muestra que esta independencia frente al Estado rinde sus frutos a la larga en términos de crecimiento modesto pero sostenido de los negocios, mientras que los “vivos” que han medrado a base de contratos turbios terminan siendo víctimas de la misma arbitrariedad y volatilidad de la contratación pública.

Pero es innegable que tanto la evasión de impuestos como la corrupción afectan gravemente el funcionamiento de los negocios, produciendo una distribución perversa de acumulación de riqueza a favor de quienes gustan medrar a la sombra del Estado.

El segundo reto que me planteó la labor gerencial en empresas privadas fue la comprensión “macro” tanto del modo de funcionamiento del sistema capitalista, como de la viabilidad de sistemas alternativos. Para alguien proveniente del ámbito académico y específicamente de la crítica neo-marxista del capitalismo dependiente, confrontarse en el día a día con la lógica de acumulación de capital bajo esquemas de propiedad privada de los medios de producción constituyó un aprendizaje estimulante. La primera lección aprendida fue que la lógica interna de los sistemas debe ser respetada, si no se quiere degenerar en una paralizante y empobrecedora contradicción. Dicho en términos más sencillos, si una sociedad elige los principios del capitalismo para regular los procesos de producción y distribución de bienes y servicios, la preservación de la propiedad privada, de la libre iniciativa y del mercado como ámbito de intercambio son esenciales para obtener el bienestar colectivo. Interferencias “indebidas” por parte del Estado conducen a un sub-óptimo de bienestar. Vías intermedias o “terceras vías” terminan truncando el potencial de creación de riqueza del modo de producción capitalista, al tiempo que generan las conocidas ineficiencias de los sistemas socialistas, pero sin ninguno de los beneficios radicales que esa utopía promete (empleo el término “utopía” en su sentido positivo primigenio).

Desde la perspectiva de hoy, esta apreciación puede sonar anacrónica, pero tenga en cuenta el lector que hace 20 ó 25 años el socialismo todavía era una alternativa discutida y discutible como modo de organización de la sociedad. Todavía no se conocía el estrepitoso fracaso de las experiencias socialistas, ni tampoco la inviabilidad de las terceras vías. Los cristianos profesionales de la economía nos enfrentábamos a la lacerante observación de la pobreza generada por el sistema capitalista y eso hacía explicable la tentación de volver la mirada hacia utopías socialistas, los más radicales, o de clamar por mayor intervención del Estado, los más moderados. Lo que lamentablemente se desconocía es que cada sistema tiene ciertas reglas básicas de funcionamiento y que la solución no era mezclarlas con reglas propias de otros sistemas, sino trabajar para eliminar las distorsiones que impedían el efecto social beneficioso de las reglas de la iniciativa privada dentro del mercado. En mi caso particular, la vivencia del sistema por dentro me ayudó grandemente a entender su lógica y sus distorsiones.

## **El analista: pensando (y repensando) sobre la pobreza**

Son muchas las formas en que un economista cristiano puede abordar su profesión, empezando por ejercer su oficio con rigor y honestidad, cualquiera que sea su campo de especialidad. Pero es natural que haya temas que llamen más la atención de un cristiano. En mi caso particular, que he concebido el saber como un don para ser puesto al servicio del mejoramiento de la sociedad, el tema de la pobreza siempre ha constituido el principal acicate intelectual. Entiendo la pobreza como la privación de derechos humanos fundamentales, que abarcan desde la carencia de alimentación y vivienda adecuadas, pasando por la imposibilidad de acceder a servicios de salud y de educación, exclusión del mercado de trabajo, hasta la privación de un sistema de justicia, del derecho a la libre expresión o del derecho a participar en la Política (con mayúscula). Comprender el por qué de la pobreza, su papel constitutivo en la concepción del desarrollo económico, los mecanismos que la generan y las vías para su superación ha sido la motivación central de mi quehacer intelectual.

De gran utilidad me fue el compromiso voluntariamente asumido de observar el acontecer económico venezolano desde las páginas de la Revista SIC. Eso me obligó a un ejercicio permanente de reflexión y de comunicación. La concepción de la profesión como servicio social me motivó a encontrar un lenguaje comprensible con el que poder explicar al público en general los intrincados vericuetos del funcionamiento de la economía. No tenía sentido escribir únicamente para dialogar con los colegas o para deslumbrar a los legos. Adicionalmente, en el análisis sistemático de los acontecimientos económicos buscaba permanentemente interpretarlos desde la perspectiva de las mayorías pobres. No tengo el atrevimiento de autoproclamarme experto en el estudio de la pobreza, campo en el que hay insignes especialistas dentro y fuera de Venezuela. Simplemente me he dedicado a lo largo de los años a preguntarme cuál podía ser el impacto social de las medidas económicas o qué alternativas inclinaban la balanza a favor de los pobres.

Probablemente el mayor descubrimiento intelectual durante mis dos décadas de oficio de analista fue entender que la pobreza no puede ser vista como mero efecto consecuencial de malas políticas económicas, sino como el principal obstáculo para emprender una senda de crecimiento económico. Entender no sólo los mecanismos de exclusión de grandes contingentes de ciudadanos de los derechos fundamentales, sino también cómo esta exclusión en sí misma frustra el proceso de desarrollo social. Abordar la

interpretación de la realidad desde este ángulo implica situar en el centro del análisis el tema del “capital humano”, un acervo mucho más importante que el capital físico o los recursos financieros. Y más allá todavía, si la pobreza la entendemos como privación de derechos humanos básicos, su superación es el fin constitutivo del desarrollo. Un crecimiento económico que no incorpore “constitutivamente” la ampliación de los derechos humanos de las mayorías no puede llamarse nunca “desarrollo”. Ello descalifica de entrada cualquier programa económico que deje “para después” la solución del problema social. La tesis de que primero hay que crecer para luego distribuir no tiene cabida en esta concepción del desarrollo, porque, primero, esta secuencia ha demostrado ser una falacia y, segundo, porque crecer sin ampliar simultáneamente los derechos fundamentales va “contra natura” del concepto mismo de desarrollo.

El surgimiento de estas ideas fue tomando forma lentamente, tanteando a ciegas. Cuando desde fines de la década de los 70 se hizo evidente que la economía venezolana había sufrido un quiebre estructural en el proceso de crecimiento, aventuré la tesis de que el raquitismo del mercado interno impedía avanzar en la senda de la expansión económica. Un mercado consumidor, donde no más del 15 o 20 por ciento de la población tenía cierto poder de compra, no podía sustentar las tasas de inversión que tradicionalmente había venido disfrutando la economía venezolana. Este raquitismo lo atribuía al problema estructural de la distribución del ingreso, sin cuya solución no era pensable retomar esa senda. Las estructuras sociales injustas impedían que en Venezuela operaran los círculos virtuosos que habían permitido el crecimiento en las sociedades desarrolladas. Como vías de acción se planteaban, por un lado, la reasignación del gasto público hacia fines sociales y, por otro lado, la erradicación de distorsiones oligo- y monopólicas de los mercados internos.

Ya hacia fines de los 80 fue adquiriendo forma la convicción de que no bastaba el mercado interno, sino que era necesario abrir la economía a la inversión y al comercio exteriores para poder recuperar el dinamismo del crecimiento. Este planteamiento de la apertura vino acompañado de una revisión del papel regulador-interventor del Estado (el llamado “consenso de Washington”), al cual se le atribuía la responsabilidad de sumir al aparato económico en la ineficiencia. Ambas ideas quedaron vertidas en el polémico “paquete económico” del segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez (1989). Me tocó en ese momento la difícil tarea de cuestionar aspectos centrales de

ese paquete, que contaba con el apoyo entusiasta de todos los economistas “modernos” del país. Fue difícil el empeño porque se conformó en ese sector un ayatolismo del todo o nada. Mi posición no cuestionaba las bondades de la apertura comercial o del fomento de la competencia interna sin intervencionismo estatal; simplemente explicité el nulo contenido social del paquete y la ingenua asunción de que los beneficios sociales se producirían automáticamente por efecto de la aceleración de la tasa de crecimiento económico. Adicionalmente advertí que este desprecio por la dimensión social terminaría haciendo políticamente inviable el proceso de reforma estructural.

Una vez sucedido el previsible fracaso del “paquete” en 1992, me dediqué durante un buen tiempo a revisar las razones de ese fracaso y de otros anteriores. Tenía la sensación de que los años 80 y principios de los 90 habían sido “años perdidos” para la sociedad venezolana, en los que cada ciclo de reforma y auge terminaban sumiendo al país en un terrible retroceso social y económico. Para entender las causas de esta espiral negativa, consideré que había que emprender una vuelta “a lo básico” del quehacer económico. Que la política económica sólo tenía sentido si mejoraba el bienestar cotidiano del ciudadano, que el capital humano era el recurso verdaderamente importante, que ese recurso humano se había venido deteriorando aceleradamente en nuestro país, que no había crecimiento sin avances en la competitividad y que, por esta razón, ese recurso humano deteriorado se había convertido en la principal rémora del crecimiento. Los análisis comparativos demostraban también que la equidad social, más que resultado, era condición necesaria para alcanzar sendas sostenibles de crecimiento. Países con mayor nivel de equidad tienen mejor ambiente para convertirse en una sociedad competitiva.

De estas reflexiones se derivaba directamente la necesidad de rescatar el carácter pivotal de la educación y de la provisión de condiciones decentes de vida (salud, alimentación y vivienda). Cualquier programa económico tenía que incorporar en su núcleo duro esta dimensión social, y ése era el reto fundamental del Estado, ya que la pobreza no era un fenómeno resoluble sólo por el mercado. Ahora bien, este reto social tenía que atacarse preservando en todo momento la sanidad de las cuentas públicas, porque, de lo contrario, los buenos deseos acababan en colapsos inflacionarios, cambiarios y financieros. La inflación resultaba ser el principal azote de los pobres.

Vinieron luego los años de las ilusiones populistas, con el segundo gobierno de Caldera (1994) y el primer gobierno de Chávez (1999). Como “quintacolumnista” impenitente, ahí me tocó cambiar nuevamente de bando,

ésta vez a favor de la ortodoxia del libre mercado y de la apertura externa. Ví claramente que estas visiones trasnochadas, que se proponían –sinceramente– mejorar la situación de los pobres, estaban basadas en políticas económicas intervencionistas condenadas irremediablemente al fracaso. La experiencia latinoamericana de los 70 y 80 había demostrado hasta la saciedad que esos esquemas no funcionaban, porque eran infinanciables y ahuyentaban la inversión. La ironía del populismo ha sido siempre que, en aras de la defensa de los pobres, aplica políticas económicas equivocadas que terminan empobreciendo aún más a las mayorías. Así como el paquete de Pérez II adolecía de dimensión social y estaba sobrado de eficiencia económica, los paquetes populistas de los siguientes dos gobiernos han colocado la cuestión social en el centro –de los deseos–, pero han ignorado cómo funciona el proceso de inversión y de creación de empleo en una economía moderna.

### **En continuo aprendizaje**

Les he contado cuál ha sido mi personal deambular intelectual y en qué forma siento que la condición de cristiano ha estado moldeando ese desarrollo. Mirando hacia atrás me percaté de que éste ha sido y sigue siendo un proceso de continuo aprendizaje. Lo único que ha sido estable, permanente, ha sido la preocupación por el bienestar de la gente. Este elemento ha marcado la agenda de los temas que me han ocupado.

Para terminar, y como muestra de ese continuo aprendizaje, deseo compartir con ustedes un concepto que magistralmente ha desarrollado el economista hindú Amartya Sen y que me ha permitido ordenar muchas de las ideas que tanteando a ciegas se han venido gestando en mi pensamiento a lo largo de los años. En su libro “Desarrollo como Libertad”, el premio Nóbel de Economía de 1998, propone una definición de desarrollo que coloca el ejercicio de la teoría económica en esa dimensión fronteriza, profundamente humana (a algunos nos gusta llamarla cristiana), que le da un bello sentido a nuestro quehacer intelectual. Para Sen, desarrollo es el proceso de expansión de las libertades reales de la gente, cuyo ejercicio depende del acceso a la educación y a la salud, así como del disfrute de los derechos cívicos y políticos fundamentales. Desarrollo, por supuesto, requiere de la remoción de las principales fuentes de falta de libertad, como son la pobreza, el analfabetismo, la exclusión social o discriminación de género, la inexistencia de servicios públicos

decentes, etc. Un mercado de trabajo con poca demanda de trabajadores, por ejemplo, no permite a los desempleados ejercer su derecho al libre ejercicio de su capacidad productiva. Bajo esta perspectiva, Sen prefiere definir pobreza no como bajos ingresos, sino como “privación de posibilidades” (*capabilities*). Lo que una persona es capaz de alcanzar está influenciado por las oportunidades económicas, los servicios sociales, el goce de salud, el nivel educativo, las libertades políticas y el ambiente propicio para iniciativas. Todos estos elementos están interrelacionados y se potencian entre sí.

En esta visión integradora, el crecimiento del PIB o el aumento del ingreso per cápita no son ni el fin ni la medición del desarrollo. No pasan de ser medios para obtener el máximo bien de la libertad; aumento de riqueza, incluso, no garantiza la presencia de desarrollo. Existen innumerables casos de riqueza material con muy bajo nivel de desarrollo de la libertad integral del ser humano, así como casos de bajo nivel de ingreso per cápita, pero con importantes logros en la calidad de vida (expectativa de vida, nivel educativo, ...). Se puede demostrar con rigurosidad que el ejercicio real de la libertad, no sólo es el objetivo del esfuerzo de desarrollo, sino que el libre “agenciar” de la gente es el medio más efectivo para alcanzar el desarrollo. La libertad no sólo es consecuencia del desarrollo, sino el principal medio para impulsarlo. Esta visión descarta radicalmente el enfoque de que a veces los pueblos deben ser sometidos a regímenes “fuertes” para acelerar el crecimiento. Si el mejoramiento de la riqueza nacional se obtiene a costa de los derechos civiles, ello sería “contra natura” del verdadero desarrollo, aparte de que todos los poderes públicos descontrolados terminan siendo muy ineficientes.

Hago esta referencia al concepto de desarrollo de Amartya Sen para ilustrar lo cerca que la ciencia económica puede llegar al mundo del pensamiento cristiano. Para mí siempre ha sido fascinante ver desaparecer las fronteras. Concebir desarrollo como libertad y entender ésta en el sentido amplio e integrador de todo aquello que eleva la calidad de vida de la gente, va en línea con la visión del hombre que la fe cristiana nos inspira.